«siones, y tratará por tal razon de evitar este trabajo como un «mal que acelerará su muerte?

«Si alguno lo creyese, yo le preguntaré si debe considerarse «como un mal en quien viaja por un pais estraño al que siga una «senda que le abrevie el camino y le haga llegar mas pronto á «la patria: ¿cómo pues podrá reputarse como infelicidad para los «misioneros el entrar con mayor presteza á la posesion de la glo«ria que su Divino Maestro les ha abierto con sus padecimientos «y su muerte? ¿Temeremos acaso que nos suceda aquello que nun«ca se puede desear bastante, y que siempre llega demasiado «tarde?"

Era tan ardiente el deseo de Vicente por el buen éxito de las misiones, que aun á los legos de la Congregacion los exhortaba para que ayudasen á ellas con su oracion y buen ejemplo, ofreciendo á Dios por este fin sus fatigas y mortificaciones, teniendo fielmente á su cargo el cuidado de las cosas temporales para que los sacerdotes pudiesen con mas desembarazo ocuparse en la salud eterna de los pobres, pues á esto estaban obligados por ser en la Congregacion miembros de un mismo cuerpo; «así «como, decia, en el sacratísimo cuerpo de Jesucristo todos los «miembros concurrieron á la obra de nuestra redencion, pues su «cabeza fué coronada de espinas, y sus pies atravesados de cla«vos; y si despues de la resurreccion fué glorificada la sagrada «cabeza, tambien los pies participaron de la gloria de que fué «adornado todo el cuerpo: así pues, si cooperais á la salud de los «pobres de un modo proporcionado á vuestro estado, sereis par»ticipantes de la misma corona que está reservada á los sacerdo«tes y ministros evangélicos."

Con estos y otros discursos procuraba Vicente aumentar en los suyos el espíritu de su vocacion, y encender en sus corazones un vivo deseo de dedicarse enteramente al santo ejercicio de las misiones; y como su pecho estaba abrasado por la caridad del prójimo, sus palabras movian siempre al que las escuchaba á ofrecer la salud y aun la vida por el bien espiritual de sus semejantes.

CAPITULO XVI.

De los ejercicios espirituales para toda clase de personas.

El amor tan desinteresado que tenia Vicente á todos los hombres, le hacia buscar medios adecuados para poderlos colocar en el camino de su salvacion; y considerando que uno de ellos era el retiro en la soledad para que cada uno entrase en sí mismo y meditase las verdades eternas, abrió la puerta á toda clase de personas para los ejercicios espirituales. Sabia bien el venerable varon por esperiencia, el provecho que se sacaba de estos ejercicios, y por noticia, lo recomendado de su práctica por muchos santos, particularmente por San Cárlos Borromeo, San Francisco de Sáles y el insigne San Ignacio de Loyola, á quien principalmente se debió la primacía de obra tan gloriosa, pues por medio del libro que compuso de los ejercicios y la práctica que de ellos se ha seguido, muchas almas desprendidas de los lazos del mundo, se han encaminado libremente á la eterna bienaventuranza.

Con el fin de que por falta de comodidad y local á propósito, nadie dejase de disfrutar los beneficios de un retiro, dispuso que se encontrase en todas las casas de su Congregacion. En todas ellas fueron recibidos cuantos quisieron hacer los ejercicios espirituales, tanto eclesiásticos como seglares, y se les trató con la caridad que se puede suponer del zelo de tan venerables sacerdotes. Dió principio nuestro Vicente á esta buena obra en Paris, en el colegio que llamaban de los Buenos Hijos, y la continuó despues, dándole mayor estension en la casa de San Lázaro, y cuantos allí entraban, quedaban admirados de la diligencia, benignidad y amor con que eran atraidos para buscar á Dios y encontrar allí el remedio de sus males espirituales. Copiaremos un fragmento de una carta de un eclesiástico muy respetable, que varias ocasiones tomó los ejercicios en la casa de San Lázaro.

«Todos los miserables, dice, y afligidos, de cualquiera con«dicion que fuesen, estaban seguros de encontrar una casa de re«fugio y consuelo en San Lázaro, en donde Vicente y los suyos «los acogian con la mayor dulzura; la portería, el refectorio y

«los aposentos se abrian para quien quiera que fuese. Me acuer-
«do haber visto en una ocasion á un mismo tiempo eclesiásticos
«seglares y regulares, caballeros, ministros principales, solda-
«dos, estudiantes, ermitaños y labradores, á quienes Vicente pro-
«curaba consolar y socorrer espiritualmente, á cada uno en par-
«ticular, y queria que en su casa se hiciese una mision perpetua,
«y que fuese una especie de flujo y reflujo de pecadores de los
«que desean convertirse á Dios y mudar de vida, y generalmen-
«te para toda clase de personas, y que todas fuesen recibidas,
«alojadas y alimentadas con tal caridad, que las mas endureci-
«das saliesen edificadas, teniendo gran parte en su conversion tan-
«to la hospitalidad y amor con que se les admitia y trataba, cuan-
«to los buenos ejemplos que en aquella casa recibian."

Algunos obispos, luego que por esperiencia supieron la utilidad de estos santos ejercicios, como buenos pastores, quisieron que sus ovejas participasen de este fruto provechoso, y con este fin convidaban á los vicarios foráneos y curas de sus diócesis, y aun con el ejemplo los estimulaban á que tomasen los ejercicios en las casas de la mision. Obedeciendo estos con prontitud, llegaban tal vez hasta treinta ó cuarenta á un tiempo á las casas, y tanto los ejercicios como las conferencias espirituales despertaban gran fervor y daban no poca instruccion para la práctica de sus deberes, con lo que luego volvian á atender con suma vigilancia al estado de las almas que tenian á su cargo. Los pueblos admiraban tan pronta conversion de hombres que antes eran el escándalo y perdicion de sus feligreses.

Gran parte de esta dicha tocó á la diócesis de Génova: en pocos dias se vió renovado aquel arzobispado, señalándose mucho los curas de él por su gran fervor, animados, mas que de las instancias, del poderoso ejemplo de su venerable arzobispo, el cardenal Esteban Durazzo, quien continuamente tomaba los ejercicios con singular fervor. Los curas salian instruidos y con gran deseo de aprovechar y dar pasto á sus ovejas; con la vida que observaban exhortaban á la práctica de lo que decian, y eran tan devotos, modestos y desprendidos de las humanas pasiones, que parecian hombres desnudos de la carne.

Armóse Satanas contra Vicente para alejarlo de la empresa que tantos bienes producia; dirigió sus tiros á estos ejercicios espirituales, haciendo que falleciesen las esperanzas de que nuestro Santo continuase con su proyecto, valiéndose para esto de algunos ánimos que con la capa de prudencia, procuraban obligar á Vicente á que no recibiese tan gran número de personas en la casa de San Lázaro. Decíanle que su Congregacion no podia soportar tantos gastos, porque ningun fondo habia para ellos: que no habia aposentos ni capacidad en toda la casa, proporcionada al gran número de personas que allí entraban, y que la mayor parte de ellas eran pobres, que iban impelidas mas por el hambre que por el deseo de su salvacion. Pero Vicente contestaba á todo, y su caridad le hacia encontrar razones para todos los argumentos: á la falta de aposentos contestaba, que él seria el primero en dejar el suyo cuando ya no quedase otro en que hospedar á los que venian á los ejercicios, y que todo el gasto que se hacia le parecia muy poco, si una sola parte de los ejercitantes sacaba fruto. Decia tambien, que si algunos venian con solo el fin de buscar el sustento en aquellos dias, el recibirlos era obra de misericordia muy grata á Dios, y nada indigna de que la ejercitasen los que tenian por divisa la caridad; y añadia, que si por este recelo dejaba de admitirse á alguno, por el mismo se les debia negar la entrada á todos los pobres, entre los cuales muchos, viniendo deseosos de su salvacion, se les privaria de los bienes que el Señor suele comunicar por medio de los ejercicios á estas almas bien intencionadas; y con esto probaba que por un daño dudoso se impedia un bien positivo: peligro en que tropiezan los tibios de corazon, y por el que dejan de hacer grandes bienes.

Sin atender Vicente á tan flacas razones, prosiguió aquella obra de tanta importancia, recibiendo á cuantos querian hacer los ejercicios en su casa, aunque fuesen de tan humilde condicion, que no supiesen leer y escribir: hacia que á estos los visitase alguno de los suyos á horas determinadas, que les leyese algun libro espiritual, y los instruyese en el modo de hacer la oracion y el exámen de conciencia, les enseñase á rezar el rosario de Nuestra Señora y á ofrecer á Dios sus obras, para que en todo tiempo se aprovechasen del fruto de aquellos dias y creciesen mas y mas en virtud; de este modo, entrando rústicos en aquella casa, salian doctos en las reglas de la verdadera sabiduría.

El aprecio que Vicente hacia del bien que causaban estos ejercicios, se los hizo considerar como el camino mas seguro de cuantos ha dejado Dios para llegar á la felicidad de su gloria, y el medio mas poderoso para detener á los hombres en la carrera de una vida estragada y para reformar los desórdenes de las malas costumbres, pues notaba que por medio de los ejercicios se producian conversiones mas frecuentes y mas prodigiosas, y por esto decia que era necesario un milagro para convertir á aquellos que no salian enmendados de los ejercicios. Oigamos sus palabras sobre este asunto.

«Demos mil y mil gracias á Dios, porque se ha dignado ele-«gir la casa de San Lázaro para hacer un teatro de su miseri-«cordia. Vienen aquí muchos de muy grandes distancias, no so-«lo para hacer una buena confesion general, sino tambien para «otros fines. Vienen algunos para resolverse á abrazar un esta-«do en el siglo y para hallar el modo de salvarse en él; otros, «teniendo inspiracion de dejar el mundo, se retiran aquí pa-«ra procurar conocer bien la divina voluntad; otros, recien con-«vertidos á la fe católica, desean instruirse en las cosas perte-«necientes á nuestra santa religion, y disponerse para la pri-«mera confesion y comunion. Aquí vienen muchos soldados pa-«ra arreglar sus cosas y limpiar sus almas antes de entrar en los «peligros de la guerra; concurren aquí muchos viejos para apa-«rejarse á la muerte: ¿y cuántos curas que tienen á su cargo las «almas, y otros eclesiásticos, no vemos venir de todas partes pa-«ra encaminarse al término de su perfeccion? ¡Oh señores, cuán-«tos bienes se derivan de estos santos ejercicios, si procuramos ha-«cer lo que nos toca con toda fidelidad! ¡De cuánto consuelo «sirve saber que hay en Paris un lugar abierto siempre para to-«dos los que se presenten con verdadero deseo de reconciliarse «con su Criador! Sirvamos, pues, á todos, no mirándolos solo «como á hombres, sino como á hombres enviados del Señor. No «hagamos distincion alguna de personas; estimemos tanto al po-«bre como al rico; ó mas al pobre que al rico, por ser el que «mas semejanza tiene con Jesucrito nuestro Señor mientras es-«tuvo en la tierra. Era esta casa en otro tiempo lugar en don-«de se recibian á los leprosos para curarse de su enfermedad, «y ninguno sanaba; ahora sirve para recibir á los pecadores cu-

«biertos de la lepra espiritual, y se esperimenta que, por la gra-«cia del Señor, muchos recobran la salud; ó digámoslo mejor, «muchos vienen muertos y vuelven resucitados. ¡Cuán afortu-«nados somos por ser la casa de San Lázaro el lugar de esta re-«surreccion! Cuatro dias estuvo muerto este santo, y salió del «sepulcro con perfecta vida; y el mismo Cristo que lo resucitó, «hace aquí á muchos la misma gracia, pues detenidos en los ejer-«cicios como Lázaro en el sepulcro, salen con una nueva vida. «¿Quién no se regocija por tan señalada misericordia? ¿Quién «no sentirá el corazon lleno de amor y agradecimiento á la bon-«dad divina por un bien tan grande? Supliquemos al Señor que «se digne conservar lo que con tanta liberalidad nos ha conce-«dido; que nos dé fuerzas para resistir á la inconstancia y re-«pugnancia naturales, y que no permita que por nuestro des-«cuido nos hagamos indignos de un favor tan singular."

Estas palabras de Vicente dan á conocer el grande aprecio que hacia de estos ejercicios y lo provechoso que generalmente son á toda clase de personas. No contento con que un bien tan particular lo disfrutasen solamente los hombres, dispuso que se comunicase tambien á las mugeres. Dió principio á esta obra en la casa de las hermanas de la Caridad, de que se hablará despues, donde eran recibidas por una piadosa muger animada del mismo espíritu de Vicente y adoctrinada por él en todo lo que en dichos ejercicios debia practicarse con cada una, segun su clase. Encomendóle entre otras cosas, que les hiciese tomar resoluciones particulares y ejercer determinados actos de virtud propios á su sexo y estado, para que despues pudiesen fácilmente practicarlos y poseer de este modo una sólida virtud.

CAPITULO XVII.

De los ejercicios de los ordenandos.

Los obispos zelosos de la honra de Dios y con el deseo de satisfacer las obligaciones de su oficio pastoral, se afligian sobrema-